
CAPÍTULO XXXI.

Libertad restituida á la Iglesia en Austria. — Las asambleas de Viena y de Gran. — Proceso. — La Iglesia luchando por la libertad. — Reaccion que se opera en las provincias del imperio. — Sociedades católicas. — ¡Ved ahí para lo que la Iglesia católica pide libertad! — Falsa política y sus efectos sufridos por el Austria. — Hechos que se repiten en América. — ¡Imitará esta el ejemplo del Austria?

Al recordar el acto solemne de justicia con que restituyendo á la Iglesia católica su libertad ennobleció su gobierno el emperador Francisco José, permítasenos repetir el elogio que de él hacia un Pontífice bajo las impresiones de regocijo que experimentaba su corazón ardientemente católico. « Un gran consuelo nos ha dado la Providencia, en medio de las amarguras que rodean nuestro espíritu, en los decretos de nuestro amado hijo Francisco José, emperador de Austria y rey apostólico de Hungría y de Bohemia. Oyendo las inspiraciones de su piedad, y llenando nuestros deseos y nuestras instancias, así como los votos y las instancias de los obispos de su vasto imperio, con gloria de su nombre, alegría de los buenos ciudadanos, obrando de acuerdo con sus ministros y en armonía con su ardiente celo, ha asegurado en sus Estados á la Iglesia católica su deseada libertad. Accion tan noble y tan digna de un príncipe católico, hace á este ilustre emperador y rey digno de nuestras alabanzas y de las felicitaciones que le damos en el Señor. Alimentando la dulce esperanza que un monarca tan religioso, escuchando las inspiraciones del ardiente celo que

le anima por la gloria de la Religión, continuará la obra que ha principiado, y perfeccionándola pondrá á la vez el colmo á sus merecimientos (1). » Apénas, en efecto, el emperador Francisco José tomó la direccion de los negocios del Estado, cuando trató de llevar á cabo la medida que no pudo la perseverante voluntad de Francisco I, ni la piedad sincera de Fernando II. Auxiliado por el consejo de los obispos reunidos en asamblea, expidió el 18 de abril de 1850 el decreto por siempre memorable que dió en tierra con las leyes josefinas, y destruyó para siempre la formidable prision que un monarca alucinado fabricó para encerrar á la Esposa de Dios, y las exigencias de palacios ambiciosos hicieron todavía mas formidable con sus incesantes pretensiones.

Las actas de las asambleas de los obispos de Austria y de Bohemia reunidos en Viena (2), y de los de Hungría, Eslovenia, Croacia, Transilvania, Dalmacia y Vosvodía habida en Gran (3), pueden considerarse como el compendio de los inmensos bienes que con su libertad recogió el catolicismo de Austria. Los prelados, fijando la atencion del príncipe sobre cada una de las hondas heridas que recibió la Iglesia durante su duro cautiverio, le señalan respetuosamente las medicinas que podrian curarle. Le felicitan por el acto solemne de justicia con que ha hecho para siempre memorable el principio de su reinado; reconocen que no existe sobre la tierra poder alguno que pueda legítimamente impedir á los obispos católicos la libre comunicacion con el Vicario de Jesucristo; le ruegan con encarecimiento que en lo sucesivo no haga de por sí la demarcacion de diócesis sin consultar ántes al Sumo Pontífice y sin oír su decision; y se exhortan mutuamente á permanecer unidos en la sujecion al Papa, y á comunicarse sus acuerdos y letras pastorales. Adoptan

(1) Alocucion de 20 de mayo de 1850.

(2) 1849.

(3) 1850.

mejoras vitales para los seminarios, y resuelven que « la Iglesia tiene derecho indispensable para educar sus alumnos, y que entre las obligaciones del cargo pastoral una de las mas estrechas es la direccion de esta enseñanza...; para que sus efectos sean mas eficaces en el clero y en el pueblo, resuelven tambien que sea uniforme la educacion de todos los seminarios del imperio, y que no solo sea la instruccion teológica la que en ellos se dé, sino toda la que exigen la cultura é ilustracion de la edad en que vivimos (1). » Piden al emperador que los decanos de teología de las universidades sean nombrados por los obispos reunidos en asamblea. Protestan contra el despojo de sus rentas hecho á las iglesias, y piden su compensacion; protestan contra la usurpacion hecha á los obispos en la presentacion para ciertos beneficios que ántes proveían ellos sin necesidad de tal trámite; y protestan, en fin, contra las leyes existentes sobre matrimonios mixtos que « aumentaron las calamidades religiosas de un siglo en que la indiferencia y la incredulidad dejan sentir su influencia en todas partes. » Ruegan que se provean con prontitud las diócesis sin pastor, ya por efecto de convulsiones políticas, ya por otros motivos diferentes; que sean restituidos á sus iglesias los obispos desterrados, y puestos en libertad los sacerdotes enjuiciados en todas las provincias del imperio.

Todos estos acuerdos que nos representan al vivo la miseria y la degradacion á que sometieron al catolicismo las leyes josefinas, podemos considerar como el proceso que la Religión, cobrando su augusta dignidad, que en vano pretendiera degradarle una mano impía, levanta contra sus adversarios haciendo resaltar al vivo su injusticia.

Los que predicán constantemente á los pueblos la justicia que les asiste para conquistarse una ilimitada libertad con sacrificio de instituciones de mil años y de códigos que se-

(1) *Protocolum conferentiarum. Strigoniæ, 1850.*

rán llamados perpetuamente *honor de la inteligencia humana*, observarán atónitos esta lucha que sostiene en todas partes la fe contra las malas pasiones. Sin haber aquella jamas demandado á los hombres nada fuera de tolerancia, y sin haber nada pretendido dominar fuera de la conciencia de sus sinceros creyentes, ella no obstante ha sostenido y sostiene el mas largo y doloroso de los combates que recuerda la historia del linaje humano. Tres siglos de persecucion se concluyeron para principiar otros tres de herejía, y en los que la intolerancia de los herejes arrojase á las cárceles y al destierro á los obispos y sacerdotes que perdonó la crueldad de los tiranos. El cisma y las divisiones intestinas abren luego una nueva era de persecucion, y la Iglesia de Dios atraviesa cien generaciones luchando siempre sin desmayar un solo instante. Los campeones mas célebres de todos los sistemas y de todos los principios que han agitado á la sociedad han desaparecido, sus ruidosas cuestiones ya no viven sino en la historia que las recogió, sus prosélitos perdieron las inspiraciones de sus maestros; pero la lucha de la Iglesia existe, y sus campeones combaten despues de casi veinte siglos con la misma energía que cuando inclinaban sus cuellos bajo la espada de los verdugos, ó penetraban alegres las hogueras. Ella combate hoy por el mismo principio que combatió el primer dia de su vida: — su libertad. — Pero cuando vencido su enemigo, lo ha visto tantas veces rendirse á sus piés, no abusó de su victoria, ni trató de imponer leyes al que era su adversario, ni de encadenar su pensamiento, sometiéndole á odiosas prescripciones. Jamas. Ella dió ejemplo de esa tolerancia que demandaba, y enseñó prácticamente la libertad, por que combatiera tantos siglos. Los reformadores del nuestro, miéntras que emancipan á los pueblos de las leyes existentes, los someten á su voluntad caprichosa; y á la vez que en sus ruidosos programas autorizan la licencia absoluta, levantan el puñal para castigar con el último suplicio al que no acepta sus opiniones,

sacrificándoles una razon y una conciencia que deben permanecer perfectamente libres del poder de la tierra. ¡Monstruosa inconsecuencia en que caen los que han querido proclamarse libertadores del género humano! Tan cierto es que en las combinaciones políticas á cada cual anima, y con muy escasas excepciones, el interes individual ántes que el triunfo de principios que pudieran dar por resultado la felicidad de los demas. Los hechos lo han manifestado bien. Esa libertad misma que sirve de tema á programas que tienden á revolucionar el mundo, fué constantemente la primera entre las víctimas que sacrificaron sus pretendidos propagandistas. Uno solo fué el mas constante, el mas noble y el mas desinteresado defensor de la verdadera libertad; uno el que ni retrocedió jamas á vista de los peligros que se ofrecian á su demanda, ni de las amenazas opuestas á su justicia; y uno el que lidiando ha triunfado y triunfará siempre, porque no son las pasiones las que le animan, ni los mezquinos intereses de este mundo los que le dirigen; ni la fuerza humana los medios que emplea para vencer. Este es la Iglesia católica: lidió porque le incumbe el deber de conservar intacto un depósito celestial que le ha sido confiado, lidió por el amor ardiente á la justicia de su causa, y en esta lucha el poder irresistible del brazo divino es quien la sostiene y la conforta. ¡Ojalá que la sociedad aproveche sus ejemplos de tan noble abnegacion, y que los políticos, al dirigirse á hablar á la sociedad en nombre de la libertad, aprendan de la Iglesia á ser consecuentes á su palabra, y á no desmentir con hechos sus promesas!

Inútil nos parece repetir que el jóven emperador, que con tanta nobleza como piedad cortó las cadenas á la Iglesia cautiva, estuvo siempre dispuesto á prestarle cuantos auxilios le reclamó despues. El que á la mitad de un siglo anegado en materialismo dijo en uno de sus decretos *contar como la primera de sus glorias servir á la causa de su Religion*, jamas desmentirá ese celo que le coloca ya entre los

monarcas mas esclarecidos y mas beneméritos para el catolicismo. En el clero se dispierta un celo que, adormecido durante medio siglo, permitió empañarse el hermoso brillo de la Germania católica. La predicacion celosa y esforzada deja oirse de nuevo en las antiguas basílicas donde resonó tantas veces la voz de Bonifacio y de Wolfango; los grandes y pequeños seminarios se establecen en considerable número, y las parroquias, dejando de ser oficinas fiscales como lo fueron ántes de las ordenanzas de Francisco José, vuelven á llenar el santo objeto de su establecimiento; es decir, vuelven á ser « escuela donde el pueblo recibe la primera y principal de sus ilustraciones, que es *el conocimiento de su noble fin sobre la tierra.* » Por todas partes se abren casas de educacion para los pobres, y se confia á los párrocos su inspeccion; los obispos ponen en manos de los niños los libros que contienen los primeros rudimentos de la fe, sin necesidad de someterlos á *revision*, á la vez que sus pastorales atraviesan de un extremo al otro el inmenso territorio del imperio, sin prosternarse primero al pié del trono para pedir un beneplácito humillante. Los breves del Papa son obedecidos por los fieles sin someterlos ántes á un *placet*, vergonzoso para el Pastor universal; y la voz del Padre comun de los cristianos puede ser oida de todos, sin que sus palabras pasen por el crisol de una autoridad suspicaz y antojadiza. En los simples fieles se deja sentir el mismo movimiento que en el clero para aprovechar la libertad dada á la Iglesia, trabajando por su engrandecimiento y esplendor. Fruto suyo son las sociedades católicas que nacen y se desarrollan con increíble rapidez en el seno de esta monarquía, donde, á pesar de piedad tan sincera como la del emperador Fernando, no podia organizarse en público ni una asociacion espiritual de beatas, sin consultar primero la voluntad del gobierno.

La sociedad de San Severino cuenta innumerables afiliados en Austria, Croacia, Iliria y Bohemia, y sus consejos

directivos promueven en todas partes la difusion de los buenos principios: sus miembros se comprometen á trabajar por la causa católica enseñando en las escuelas, poniendo buenos libros en manos de los jóvenes, y promoviendo entre todos los ejercicios de piedad. Los movimientos revolucionarios, preparados con tanta anticipacion, derramaron en el pueblo una infinidad de libros y folletos perniciosos á la fe y á la moral, que no pudieron ménos de debilitarse por efecto de su lectura; los asociados, á la vez que derraman obras escritas en sentido contrario, recogen las primeras retirando con ellas de las manos del pueblo la fruta vedada, y en la que engañosamente se le prometia hallaria el secreto de su felicidad. El sexo débil se asocia á la empresa, y en la parte activa que toma, realiza un resultado que compensa bien á la Iglesia las pérdidas sufridas durante su cautiverio. En Carintia un obispo organiza otra sociedad para promover la conversion de los Slavos sumidos en el cisma, y á su invitacion, para trabajar en una obra tan propia de la caridad ardiente, responden asociándose por un movimiento espontáneo los fieles de todas las provincias del imperio. ¡Qué espectáculos tan bellos son estos que ofrece la accion católica, cuando para obrar se encuentra sin las trabas con que le atan poderes extraños! ¡Ved ahí para lo que la Iglesia pide libertad!

No son vanidad de ostentar independencia, ni deseo de imponer á su placer leyes á los hombres los motivos por que el catolicismo rehusa doblar su cuello bajo el yugo del poder civil; él ha recibido como herencia un espíritu celestial, inmenso en su extension, infinito en su ejercicio y eterno en su duracion. Sujeto á la autoridad del hombre, que ni lo comprende ni lo estima, necesita someterse tambien á reglas que traban y enervan su accion; y ved ya condenados de hecho á malograrse los preciosos frutos que debia producir, y defraudado á la vez el género humano de un tesoro que en las disposiciones eternas é inefables de la

Providencia se reservaba para enriquecerle. La Iglesia pide libertad para enseñar sus dogmas y su moral á un pueblo ignorante, para mejorar con su doctrina las costumbres de una muchedumbre viciosa, y para inspirar en la conciencia de todos el amor á los deberes religiosos y sociales. Pide libertad para dirigir instituciones donde han de mejorar su condicion mil individuos, que sin este recurso serian miembros perdidos para la sociedad á que pertenecen. Pide libertad para comunicarse con el centro de unidad católica, donde el Fundador Divino de la Religion depositó la fuente perenne de las gracias que le dió en dote. Pide libertad para asociar á sus individuos y conferenciar con ellos los medios de llegar con mas seguridad á la patria comun de los cristianos. Pide libertad para establecer y dirigir sus casas de educacion, sus asilos y sus hospitales; y pide que allí nadie le moleste, porque necesita de tranquilidad y de silencio para llevar á cabo sus empresas. Pide, en fin, libertad porque miéntras exista confusion entre individuos que forman un solo cuerpo social, este jamas podrá llenar su objeto, y porque en todas las regiones de la tierra estas augustas funciones le fueron encomendadas por un Poder supremo, eterno é inefable, con absoluta independenciam de todo otro, sea cual fuere su rango y dignidad. ¡Ved ahí por qué la Iglesia pide libertad! ¡Ved ahí *todos los proyectos y todas las maquinaciones* que la ocupan al gritar de voz en cuello que no se le usurpen derechos que no está autorizada para renunciar! ¡Y qué temor puede inspirar al poder humano conducta tan noble y tan generosa? Ninguno, diríamos, si una sociedad que dia por dia se proclama justa y equitativa consignase sus principios mejor en hechos que en palabras; ninguno, si la Esposa de Jesucristo, maniatada y con grillos en sus piés, no se viese continuamente procesada; ninguno, si no oyésemos á gobiernos que se precian de católicos, ya imponerle silencio con aire jactancioso, ó ya concederle la palabra segun la inspiracion de sus caprichos.

Mas estos mismos hechos, considerados con toda la madurez é imparcialidad que pide su gravedad, manifiestan en sus efectos que si perjudicaron á la Iglesia vejándola, humillándola, invadiendo su administracion, arrebatando sus derechos, y despojándola de sus prerogativas, sus consecuencias tambien se dejaron sentir y muy dolorosamente en el Estado. Ese diario espectáculo en que la Iglesia de Dios aparecia de rodillas ante el poder civil como ante su amo y señor, y esa constante experiencia que la mostraba oprimida siempre bajo la planta de aquel mismo poder, llegó á producir el desprecio de su autoridad en el ánimo de los pueblos. Pero el que se creía victorioso no ganó con eso ni un ápice en prestigio ni en autoridad: al contrario, el materialismo, que entra á ocupar los vacíos que deja la fe saliendo del corazon de los que fueron sus creyentes, le amenazó é impuso trabas en el ejercicio de su autoridad, de la misma manera que él acababa de imponerlas á la Iglesia. Tal es por lo regular el desenlace de las medidas aconsejadas por la falsa política: ellas vienen á estrellarse contra la autoridad misma que las sancionó, acarreándole su cierta ruina. No tenemos que hojear mucho la historia para encontrar ejemplos de esta clase; sin separarnos del Austria, los tenemos á millares. ¡Ojalá que ese terrible espectáculo que ofreció al mundo una autoridad débil, vacilante y arruinada casi por los golpes de una muchedumbre de imberbes sin religion y de una plebe conmovida por principios subversivos, sea eficaz para sofocar en lo sucesivo los elementos que preparan en los pueblos lances semejantes! ¡y ojalá tambien que los sentimientos religiosos que él despertó en tantos corazones augustos, no vuelvan á apagarse por lisonjas cortesanas, que acaban por hundir en la desgracia á las naciones y á sus gobiernos!

En los países recién civilizados al otro lado del Atlántico, donde las doctrinas de los legistas que esclavizan á la Iglesia a encontraron tanta simpatía, los hechos han sido todavía

mas graves, y sus consecuencias por eso mismo mas funestas. Catorce Repúblicas que luchan con mil elementos de revolucion y de desórden que hacinaron en su seno los vavenes políticos durante medio siglo; catorce Repúblicas que no aprovecharon (excepto una) los frutos de su independencia de la madre patria, y que en una sucesion de calamidades públicas, acarreadas por la guerra civil, agotan las riquezas de que con mano pródiga las colmó la Providencia, son un hecho que á fuerza de haberse prolongado tanto, ya no llama casi la atencion del mundo. Mas los prohombres de esos Estados, junto con derribar su antigua administracion política, extendieron tambien su mano sobre el órden religioso, y convertidos en déspotas de la Iglesia, quisieron someterla á leyes dictadas por un poder que ella no puede reconocer. Ved ahí nacida una lucha interminable : los atentados se multiplican, y en ellos es víctima quien no tiene fuerza que oponer á la fuerza, aquella cuyas únicas armas son los ruegos y la mansedumbre. Los pueblos ven atónitos á la Iglesia perseguida en sus leyes violadas, en sus inmunidades desconocidas, en su santuario profanado, en sus obispos deterrados y en sus bienes arrebatados; mas ese pueblo rudo que presencié cometerse con impunidad hechos que él imaginaba enormes sacrilegios, ó trató de arruinar á la autoridad que los cometia, ó perdió el respeto á esa fe que veía despreciada por un poder que debiera acatarla el primero. Pero en ambos casos el órden público vió levantarse á la vez nuevos elementos de desórden, y la sociedad entera tendrá que lamentar sus consecuencias quién sabe cuánto tiempo todavía. Es un espectáculo sin duda alguna extraño ver allí á militares atrevidos que despues de abordar el poder, quebrantando sin respeto las leyes existentes, se muestran celosos de las regalías de una autoridad cuyo decoro desapareció desde que se llegó á ella por medios vedados. ¡ Estaba reservado á nuestro siglo dar fe de contradicciones semejanter, y á nosotros experi-

mentar de cerca sus dolorosas consecuencias! El ejemplo de una de las naciones mas poderosas y respetables de la Europa que, dando libertad á la Iglesia, aleja los elementos de revolucion que reunió esclavizándola, ¿ encontrará en los Estados de América algun imitador? ¡ Ojalá y mil veces ojalá que así suceda!

